

## PUEDE QUE UN SAHUARO SEAS TÚ

*Success is my only mother fucking option,  
failure's not.  
- Eminem*

Dice mi madre que la camioneta viene limpia, que no hay nada. No le creo. Suena el celular y es mi hermano: ya sé, ya sé, ándale pues, que sea la última vez, sí, aquí viene, ¡Pues qué querías que hiciera! ¡Ni modo que la dejara sola en la casa! Aquí viene y no nos va a pasar nada, dile al Zurdo que pasando el primer descanso, que no nos espere hasta Tucson.

Ya quita esa carota. Pues cuál quieres qué ponga, me gustaría contestar, pero no me atrevo, tan domesticada que estoy con sus cachetadonas en la primaria. Además, luego se soltaría con la cantaleta de él es el que te está pagando todo. Y la verdad sí, me la estoy pasando suave en Hermosillo, se cumplió mi sueño de estudiar letras fuera de Obregón, después de tanto rollo de no estudies eso que no te deja lana etcétera etcétera de mi madre y los tíos. Pero nunca del Tavo, mi hermano mayor. Yo le pago la casa de asistencia, dijo a mi madre como él dice las cosas, sin lugar a réplica. Luego me compró un carro. Primer fin que voy a Obregón, después de un mes de soledad y gloria universitaria, y me salen con esto. Que hay que llevarle la *expedition* a tu hermano, que la ocupa para irse a San Diego, otra vez cruzar, otra vez el estómago hecho nudo y los cactus y los nervios, siempre los nervios, aunque vengamos *clean* (que no lo creo), aunque dos mujeres no levanten sospecha, y sea de día y esta *expedition* es nueva, no está fichada.

Suena mi celular, es Lety. Que su familia también va para Tucson, que allá nos

vemos en el *mall*, podremos ir de compras, al cine, a cenar unas *Ribs*. Lety la que sí es de apellido aristocrático, la que sí vive una casa de generaciones de la Zona Norte con un papá que viste de traje, ex burócrata ahora empresario.

Mientras el aire acondicionado empieza a cosquillearme la nariz y el sol me quema los brazos, volvemos a pasar, una vez más, por el pedazo de carretera donde murió mi padre cuando yo tenía tres años. Siempre me pregunto si estarán los mismos cactus viéndonos pasar, parados en el mismo lugar, esperándonos; si no será mi obligación frenar el carro y oler como coyote si de veras por ahí fue que se cayó, balaceado; si alguno de esos cactus tendría mi edad y me vio llorar hace quince años, si creció cactus solitaria entre las otras cactáceas, sintiendo que ya no quería vivir en ese pedazo de carretera sino en otro, o en una maceta dentro de un tráiler de exportaciones. Cada sahuaro es una persona, había dicho una vez mi abuela, quédateles viendo nomás, puede que un sahuaro seas tú, los sahuaros crecen, avanzan en su propia dirección, no se detienen para beber, caminan por donde nadie se atreve a caminar, responden lo que nadie se atreve a preguntar.

Dice mi madre que nos bajaron a todos, que nos apuntaron a mi hermano y a mí, que a ella la hirieron y nos dejaron con el cuerpo de mi padre hecho pedazos. Me pregunto si el yo-cactus ha pensado en mí todas estas noches, si intentó buscarme en uno de sus sueños, arrastrando sus raíces por toda mi ciudad, para verme a los ojos y decirme la verdad. Mamá no tiene cicatrices. Mi hermano tenía cinco años y dice que no recuerda haberse bajado de la troca. Recuerda, eso sí, cómo mi padre le pego pacas de dinero en el pecho y en la espalda, y cómo lo cubrió con su camisa nueva, bien fajada. Así es la lana –

fue lo último que le escuchó decir-, como un chaleco antibalas.

Tanto que le digo que se salga de ese mundo - mi madre y lo de siempre. Verá a mi hermano en una lateral, le dará un abrazo fuerte, regaño breve, sonrisas y bendición. Y lo dejará ir. Porque ya es un hombre y sólo le pido a Dios que me lo regrese. Tanto que le digo que en mi casa no le faltaría nada, pero qué más quiere, techo y comida ustedes ya tienen. Sus carotes, dejaré de contestar, su DVD con pantalla gigantesca, la casa en Puerto Peñasco, todo eso. Y mi carrera, pensaré, y mi carro y mi ropa de marca y mi, mi, mi. Yo estaría bien sin eso, debería decir, a mi madre y al Tavo. Yo estaría bien si no me mandaras dinero broder, estaría bien trabajando todo el día, estudiando en la noche, yendo y viniendo en camión hasta la casa de la tía Esther en las afueras de Hermosillo, donde dormiría en un sofá de la sala. Uy sí, rebien. Pero estaría llevándome la chingada. Así que no digo nada y me siento mierda, preguntándome si no estoy yo también dentro de la Organización, si no estarán los asientos de la *expedition* repletos, revisión en la línea. Dudo cada noche si veré a mi hermano en Navidad, si de veras se puede confiar en el Zurdo; imagino que me caso con el socio de mi hermano, de por vida con el estómago hecho nudo y con los ojos llenos de carretera.

Qué tengo yo de diferente que se me quedan viendo y me dicen felicidades, miren, esta sí va a ser licenciada. Mis primos y mis tíos y todo mundo lleno de esperanza. Luego puede ser profesora. Y suspiran, como diciendo *safe*, fuera de, a salvo. Y me dicen platica con tu primo fulano o mengano, convéceles de que sí se puede, estudiar y salir adelante. La frasecita: salir adelante. Pero si yo nunca voy a tener una casa en la playa, tal vez nunca

me compre un carro, seré incapaz de ayudar al resto de la familia cuando se ofrezcan accidentes, deudas, hospitales. Qué puedo decirle a mis primos o a mi hermano, qué tienen ellos de buenos o de malos. Mi abuela, mi secundaria, la kermés de la cuadra, todos hemos recibido algo. Todos saben a quién acudir cuando la vida es un espejismo sin solución. Si hablan mal de ellos, hablo bien. Si hablan bien, yo cuestiono. Si Lety me ve a los ojos, esquivo el tema.

Ya escuché cómo hablaba de mí con las otras morras, cómo se burlaban de qué yo no me sabía las marcas de ropa, de que no usaba joyas chiquitas y verdaderas. Pero aprendí, sigo aprendiendo. Y si estoy con Lety no pienso en mi hermano ni en mi madre (y me siento libre y feliz). Pero cuando llego a mi casa no quiero volver a ver a Lety en mi vida porque cae en mí la certeza de que no pertenezco a su mundo, nunca lo haré. Lety, cuando viaja, disfruta de la música y el paisaje, puede darse el lujo de no ir pensando en nada, aspira un oxígeno que nosotros no respiramos. En casa me alegro cuando llama el Zurdo y confirma algún cruce, algún avance, alguna redada de la cual mi hermano se ha escapado y pienso qué hombre tan valiente es mi broder, qué aventado, qué inteligente. Pero eso dura un segundo. Luego me echo a llorar y digo que es un idiota, un ciego, un pez de agua dulce luchando en agua salada. Se va a morir, le digo a mi madre en el pensamiento, ¿qué no se da cuenta? Y entonces acelero, piso mi propio pedal bajo el pie derecho, llena de gritos y de preguntas. Uno no puede estamparse con los suyos, con su familia ¿O sí? Uno puede estrellarse hasta consigo mismo, escucho que me dice uno de los cactus, o creo escucharlo, o eso quisiera.

La *expedition* avanza entre el desierto y las nubes y los cerros colorados porque está atardeciendo. Escribo, es lo que realmente poseo, la letra en mi cuaderno. Mi madre come cheetos con chamoy y escucha José José. Mi madre la que siempre sabe qué hacer, la que sabe de mecánica y de carreteras. La que no dice de más, ni de menos. La que inventa sus propias historias y luego te las cuenta como si fueran ciertas. Tu padre y yo, éramos refelices. No le creo.

Escribo y se me queda viendo, como diciendo estoy cansada maneja tú o disfruta el paisaje y saca los ojos de la libreta. Los sahuaros son cada vez más grandes, más ancianos. Nos miran y yo siento que me preguntan algo. Como si me lo preguntara yo misma. Cuando no sé qué pensar sobre algo escribo, cuando no sé en dónde estoy escribo, cuando no sé qué sahuaro soy, en qué pedazo de carretera quiero morirme. Cuando no sé si mi hermano es el mismo, si sigue siendo el niño con el que jugué al bote robado, el que me defendía; cuando no sé si mi madre es o no la mujer de mis pesadillas, la mujer que acelera una camioneta blanca; cuando me pregunto si mi hermano ha matado a alguien.

Pero hay cosas que no se dicen, que no se preguntan, que no se piensan. Escribe tu versión, dice mi tronco verde, lleno de espinas color pardo. Escribe sobre las mujeres de tu familia, ha dicho el profe de creación literaria. Pero alguien dígame si yo soy una de las mujeres de mi familia, si estoy adentro o afuera de una camioneta blanca, de una *expedition*, de las llamadas telefónicas. Escribo y es mi única opción, mi única salida. Pienso en mi padre y en La Negra y en mi hermano. Cada uno con su única salida. Arden la piel, el cráneo, el desierto. Arden esos filamentos llamados raíces que nadie sabe dónde están, pero

queman.

Muevo la pluma resbaladiza y ya no puedo leer mi propia letra. Observo a mi madre y no sé que sentir, qué pensar... Corren las lágrimas. Ella me ve y llora también, sin decir nada, como si yo no pudiera verla, sin emitir sonido, como si estuviera sudando, sin voltearme a ver. Caen las estrellas y frena la troca, despacito. Aquí fue, hija. Apenas me asomo a ver la tierra y los espíritus verdes - con el corazón repiqueteando, buscando alguno joven, alguno que sea yo, que me diga qué pasó - cuando arranca otra vez y levanta la mirada llena de rabia, con si con la velocidad se le fuera a secar el rostro. Yo cuelgo mi vista un segundo apenas en un tronco verde pálido, sin flores, sin hoyos donde aniden pájaros negros. Un tronco verde pálido que me dice todo, como si él también me hubiera estado esperando, y me quedo ahí, con él, viendo como mi madre se aleja mientras mi cactus me dicta la historia (muchas historias). Ahora entiendo, mi madre no tiene cicatrices, la camioneta viene *clean*, como ella. No voltea ni de soslayo por el retrovisor (el de la troca, el de la memoria) para ver a su hija que a su lado escribe sobre el sahuaro ha descubierto es cada una de ellas.

Estaban el uno enredado en el otro - dice mi libreta. Las piernas de ella blancas, de maniquí, ni un solo vello mal salido, mucho menos en las axilas. Las piernas de él morenas, peludas (como debe ser) y los muslos un poco más gordos que antes. Estaban el uno enredado en el otro en el cuerpo y en los negocios. Él sabía que su vieja era de armas tomar, por eso era suya, La Negra (por qué le decían La Negra nadie supo siendo ella tan blanca). Y ella sabía que él lo sabía, lo de su libreta bajo el colchón de la cama, lo de sus

bísnes aparte.

Estaban enredados en dos niños de cinco y tres años, de esos niños inteligentes, de puros dieces, que tienen más ojos y más oídos que otros niños y que no hacen preguntas idiotas. A Marco se le antojan buenos depositarios de su fortuna y de sus negocios. Los bukis, los plebes, los enanos.

Fueron el Panzas y el Sobaco donde la Viridiana. Ahí los estaban esperando. La pinche Viri dice que la obligaron, pinche vieja hija de la chingada. El pedo es que no los agarraron, no, los mataron ahí mismo y yo apunto de llegar, si no es porque me dice mi compadre, ah que mi compadre, ya ves que sí sirvió de algo el celular que le compramos. La Negra asentía, acariciaba sus piernas como puta que le conoce las mañas (porque la mejor esposa es la mejor piruja en la cama, sermoneaba a sus hermanas mientras veían telenovelas y comían winis con chile y limón). La Negra veía otras cosas, además de las piernas y el estómago y los pezones de su marido, veía el problema venir, conexiones remotas como brujerías a punto de hallar la ventana por donde colarse. Es el Ignacio, dijo con voz de shaman.

A mi me gusta la lana, le había dicho el día en que se dieron un beso por primera vez, en el patio de la escuela. Era un baile de kermés, los maestros se hacían los que no pasaba nada en la oscuridad y él preguntó bailamos mientras sus amigos se codeaban, esperando la respuesta de la niña del listón blanco. Rumbo a sus casas dejaron las bicicletas en un parque y él le dio otras cosas, sus primeras cosas de La Negra y ya sabían que un día

iban a casarse. A mí también me gusta la lana, dijo ella y sonrió pícaro, sonrió con los ojos y con la boca, con todos los poros de la piel y de los tiempos y él supo que esa era la mujer con quién iba a vivir la vida que ya empezaba a despuntársele.

Ignacio era el mero mero de la colonia, él que le pasó los primeros encargos, él que lo envió a Tucson donde un primo lo conectó con el mero mero de Arizona y así sucesivamente. Ahora sus bísnes abarcan hasta Los Ángeles. Pero ya no está el Ignacio entre sus gastos de inversión. O sea, se cortó con el Nacho y éste no lo perdona. Pero tenía que cortarse. Ya había campanadas de independencia. Su vieja estaba en Tucson con él pero sin él. Llegaron los dos sin papeles y ella obtuvo la *greencard* casándose con otro que ya era ciudadano. Ya se sabe. Hay un proceso y las preguntas y cubrir las apariencias. Urgía la independencia para tener a su hembra de vuelta en su casa. Lo bueno es que no tenía lana el imbécil que si no se la llevaba a la Negra, dijo Marco alguna vez de pierna cruzada, carcajeándose. Todos estábamos de acuerdo, el vato era mi compa, dijo Marco y rió también la Negra, con esa risita de posibilidades subterráneas que prendía la imaginación de Marco.

Mis hijos van a vivir en la zona norte, aseguró la Negra una de esas noches en el parque, arreglándose la falda de cuadros de la secundaria técnica. ¿Cómo ves? Y los voy a meter a La Salle y a El Senda y a todas esas escuelas bonis, vas a ver. ‘Ta bien, decía el Marco y se prendía un cigarro. ‘Ta bien, decía abrazándole por los hombros y aspirando nicotina con el otro brazo, ambos con el rostro hacia un horizonte oscuro, lleno de antenas parabólicas. Nunca tuvo miedo. Un día le compraría una casa por la calle Cananea. Sabía

que no iba a ser fácil, pero quién dijo que cambiar la vida de uno es cosa fácil. Tenía dieciséis años y supo que sólo con ella, sólo por ella, valía la pena el encargo.

La Negra no sabe si se va a quedar con él para siempre. No es que no lo quiera, nada de eso. Pero a lo mejor un día, quizá, tenga que irse. Y entonces mejor sola. Porque ella sabe arreglárselas sola. Con sus hijos que van a estudiar, que van a tener negocios, que van a tener mucho dinero, para cansarse, para no tener que trabajar sin comer en todo el día, sin lana para los camiones, con jefes estúpidos que lo hacen menos a uno. Sus hijos van a ser otra cosa.

Ahora la Negra estaba enredada en la carretera con su marido, cada quien en su camioneta, hacia el país natal; el uno Jhonny González, ciudadano; la otra *mexican tourist*, ama de casa. Cada quien metido en su célula de incertidumbre, rumbo a Sonora. Ahí van dos pasaportes falsos y oficialmente desconocidos, una camioneta detrás de la otra, una roja, otra blanca. Una con todo el dinero, otra con los muebles de la casa en Phoenix, la casa que había que dejar por culpa de llamadas anónimas, por culpa del Ignacio rumiaba la Negra en el oído de Marco.

Ahora estaban el uno embrollado en el otro por el espejo retrovisor, por la misma canción en la radio, por dos meses de no tocarse, cada quien en su *neighborhood* gringo, a kilómetros de distancia. No pasa nada, le dijo el Marco por teléfono desde Los Ángeles, mientras el Zurdo subía los niños en la cabina blanca. Nos vemos en la curvita de Nogales, frente a los mariscos, pasando la línea. El Zurdo se va contigo, atrás, a la defensiva, dile

que abusado. El Ruly viene conmigo. Hacia México nunca están las preguntas ni los perros ni las chamarras verdes. No pasa nada. No, por ahí no pasará nada, pensó la Negra y lo besó largo en el pensamiento, como si ya no lo fuera a besar nunca.

En Nogales los niños reconocieron a su padre tras el vidrio polarizado y empezaron a gritarle y a brincar. La Negra frenó atrabancada y se bajó, dejando las cabezas de los niños asomándose por el vidrio de la ventana a medio abrir, como cachorros atados.

- ¡Aquí traigo mucho dinero! – grito Marco a su esposa y la abrazó, bajita como era, y la levantó en el aire. Ella le pegó en los brazos, como recriminándole las preocupaciones y antes de decir pinche cabrón enarboló una sonrisa de las que Marco adoraba: ¡Yo también traigo mu-sho dinero, mi amor! Y se besaron largo, como la Negra se había imaginado. Caminaron por las primeras tiendas que vieron y les compraron a los hijos todos los juguetes que quisieron y una piñata (la más grande, había dicho Marco), porque hacía dos semanas del cumpleaños del mayor y a papá no le había tocado. La de Superman, la de Superman, gritaron los niños. Cómo no, dijo Marco y no compró dos porque nomás había una. El Zurdo subió los juguetes y los dos metros de piñata de Superman en el cajón de la camioneta. Le entregó las llaves a Marco y éste tomó el volante. La Negra se sentó de copiloto, sintiendo por un segundo que ahora sí todo estaba bien, ahora sí era la esposa de su marido, la madre de sus hijos. Pero el Zurdo se recargó lento en la ventana del chofer y murmuró que había mucho zopilote volando.

Ya del lado del desierto sin *rest areas*, sin *911 phones*, enfilando entre la arena del

paisaje y la otra arena que le pesaba en el cráneo, la Negra sacaba cuentas, de días, de billetes, de número de carros Atrás, en el cajón, el Zurdo montado en el Superman gigante, los juguetes amarrados bajo una cobija. Ya estaba de su lado, un lado que sus hijos no conocían. Su marido junto a ella, abriendo el camino de sahuaros y reventando de lineal la carretera, saboreando juntos un Squirt bien helado y un desierto que entre risas se mete hasta donde las estrellas se confunden con la arena.

Aquella noche en el parque Marco dijo no me voy a quedar donde mismo y lo dijo en serio. Ahora la noche de constelaciones les caía encima, no estaban donde mismo, no. Pero el desierto se expande, la arena está acechando siempre; su misión es poner punto final, enterrarnos. Por eso los bísnes aparte. Ella va a salir y va a salir *clean*. El desierto palpita como una brujería de esas que se cuelan por las ventanas y Marco no sabe leer brujerías. Las dunas de arena detendrán la camioneta cuando le saque la vuelta a un trailer que frenará de repente, la piñata volará y los neumáticos la harán pedazos, la mujer y los buquis no tienen la culpa de nada. Las metralletas harán llorar a los niños y apenas vea los zapatos de su marido sobre la tierra, La Negra brincará al volante y presionará con toda su fuerza el pedal bajo su pie derecho. El sahuaro más alto recibirá también el estallido. A su lado, unos retoños sin espinas asomarán entre la tierra. Uno más, con una flor blanca y un hoyo seco, del tamaño de un puño cerrado, observará en silencio... El desierto arde adentro, las raíces queman, hay un hoyo en el estómago de La Negra. Escucha su corazón retumbar en el cráneo. No voltea.

© Cristina Rascón (Cd. Obregón, Sonora, 1976)  
Del libro de cuentos "Puede que un sahuaro seas tú (2010)"  
Premio Literatura del Noroeste FORCA 2008